

ACADEMIAS REALES Y CIENTÍFICAS

A LA SOMBRA DEL PODER

MISCELÁNEA DE DISCIPLINAS

Hay que avisar que en el siglo XVIII la noción que se tenía de ciencia no es como la nuestra. Se llamaba «ciencia» a prácticas y desarrollos que hoy vincularíamos con saberes más bien filosóficos, literarios o incluso artísticos. Por eso el término «ciencia» o «de las ciencias» aparece en la denominación de muchas altas academias monárquicas, en las que se llevaban a cabo muchos otros tipos de actividades y, en el fondo, pocos de los que nosotros asociamos con la ciencia.

CIENCIA SIN CIENTÍFICOS

Recordemos que en el XVIII simplemente se estaba iniciando el proceso de profesionalización y plena institucionalización de la ciencia. Era todavía un período que algunos estudiosos han caracterizado de «ciencia sin científicos». Esa paradójica fórmula remite a que, se hacían importantes aportaciones científicas, pero las hacían gente que trabajaba, se dedicaba o incluso se consideraba a sí mismo básicamente como otra cosa.

En lugar de «científicos profesionales» hacían la ciencia rentistas, funcionarios, artesanos o profesionales de diversos oficios. Eso sí, todos ellos eran aficionados (más o menos diletantes y brillantes) a la investigación científica, ya fuera en la vertiente teórica, matematizante y abstracta o, más bien, en la más concreta, pragmática y experimental (que por entonces estaban muy escindidas).

Las academias habían surgido a partir de finales del Renacimiento como instituciones, relativamente independientes del poder, donde se reunían para analizar en común y debatir en condiciones de relativa igualdad los aficionados a cuestiones filosóficas, matemáticas, científicas, culturales u otras más empíricas o pragmáticas. Sin embargo, el absolutismo tiende a asimilarlas, crearlas o fomentarlas como un importante instrumento monárquico de control de la cultura.

MECANISMO DE NACIONALIZACIÓN DE LA CULTURA

Es por ello que, en contra de lo que podría parecer, las grandes academias reales en el siglo XVIII no tienen tanto que ver con la cosmopolita república de las letras (que depende más bien del disperso y autónomo «capitalismo de imprenta»), como con el creciente nacionalismo de Estado. Las altas academias de las monarquías europeas son, durante todo el siglo, un mecanismo de nacionalización de la cultura, más que un acicate para el cosmopolitismo cultural.

LAS ACADEMIAS DE PROVINCIAS

Hay una clara evolución entre las primeras y menos controladas academias, como la florentina Accademia della Crusca (creada en 1583), la del Cimento (alrededor de Galileo y creada en 1677), y las posteriores creadas por el absolutismo, donde la voluntad del rey era omnipresente, a veces hasta en los aspectos más marginales. Hay que decir en honor a la verdad que, a pesar de incluir en su nombre la denominación «real», la londinense Royal Society mantuvo una relativa pero digna distancia con el poder monárquico. También hay que resaltar que la



LA SOCIETÀ DEI PUGNI reúne en Milán a intelectuales ilustrados que simpatizaban con el ideario que D'Alembert había expuesto en el Discurso preliminar de la Encyclopédie, evocados en este óleo del pintor italiano Antonio Perego. Entre los miembros de esta academia milanese, que editaba un periódico, *Il Caffè*, destacan el marqués Césare Beccaria Bonesana, célebre criminólogo y economista político partidario de la reforma judicial y monetaria, el conde Pietro Verri, economista y escritor, y su hermano, Alessandro Verri. ♦

autonomía de las academias aumentará con la distancia geográfica y política con respecto al centro del poder monárquico.

Éste es el caso, por ejemplo, de las academias de provincias (algunas muy importantes: Academia de Ciencias de Edimburgo, Instituto de Bolonia, Academia de Buenas Letras o Colegio de Cirugía de Barcelona, las de Montpellier, Crotona...). Evidentemente, esto no garantizaba la calidad, aunque a veces sí una mayor fluidez. D'Alembert renunció en 1763 a la propuesta de Federico II de presi-

dir la Academia de Berlín y, poco más tarde, intervino decisivamente para que fuera elegido presidente su discípulo Lagrange.

Además de las francesas y la de Berlín, D'Alembert era miembro reconocido y destacado de la práctica totalidad de las altas academias de su época; podemos destacar la Royal Society de Londres, las de San Petersburgo, Nápoles, Padua, Suecia, Turín, Noruega... y el Instituto de Bolonia, la Sociedad Filosófica de Boston y la Sociedad Literaria de Kassel. / G. M.

ACADEMIA FRANCESA Y ACADEMIA DE CIENCIAS

DOS INSTITUCIONES PODEROSAS

En el mundo francés hay que distinguir dos grandes academias, a las que estará vinculado D'Alembert y que algunos estudiosos confunden como si se tratara de una sola. Ambas fueron creadas y financiadas por la monarquía y en gran medida estaban formadas por nobles diletantes con muy pocas aportaciones valiosas en los campos culturales contemplados, ya fueran cercanos o no a los que nosotros consideramos «ciencia» en la actualidad.

ACADEMIA FRANCESA

Por una parte, y comenzando por la más antigua, la *Académie française* o «de Francia» será el modelo de la mayor parte de las creadas por monarcas absolutistas o por «déspotas ilustrados». Fue creada por Richelieu y Colbert en 1635 y, sin duda, abarcaba ámbitos culturales muy alejados de los que hoy consideramos científicos, pero también otros más cercanos. En parte gracias al apoyo de la marquesa de Deffand y su salón, D'Alembert fue escogido en 1754 miembro de dicha academia, de la que se convirtió en secretario perpetuo en 1772 y, además, consiguió que su discípulo Condorcet fuera escogido miembro de ésta en 1782 (en franco combate con Buffon).

LA ACADEMIA REAL DE CIENCIAS DE PARÍS

Otra academia de la monarquía francesa totalmente diferenciada, aunque también creada por el ministro Colbert, pero mucho más tarde, en 1666, es la Academia Real

de Ciencias de París. En esta academia fue elegido miembro el joven D'Alembert ya en 1741, a los veinticuatro años, aunque –por el posterior bloqueo de Clairaut, que curiosamente había sido inicialmente su mentor– sólo devino miembro pensionista en 1765 (a la muerte de aquél). Entonces D'Alembert ya tenía 47 años, estaba totalmente consagrado, había publicado casi toda su obra científica, matemática y filosófica, y era miembro reconocido de la socialmente aún más prestigiosa Academia Francesa.

A diferencia de la Academia Francesa, la Academia Real de Ciencias de París incluye ya el término «ciencias» en su denominación y ciertamente se centra más en ese ámbito, pero siempre incluyendo mucho más de lo que hoy consideramos bajo ese epígrafe. En cambio, la Academia de Francia o Francesa era más –si cabe– mayestática e identificada con la majestuosa grandeza de la monarquía francesa (por eso y al ser la primera, es la que no especifica en su denominación su vínculo con la monarquía). Además, con el tiempo, se centró más en lo literario, artístico, lingüístico, etcétera, pero sin renunciar a integrar ninguna autoridad o mérito que realizase la *grandeur* francesa, incluyendo matemáticos o científicos, como era el caso de D'Alembert en el momento de su elección.

EL JOURNAL DES SAVANTS

La Academia Real de Ciencias de París publicaba, además de sus *Memorias*, el muy influyente *Journal des Savants* (editado a partir de 1665, un año antes de la constitución de esta Academia) y las *Descriptions des arts et des métiers*



CUANDO EN 1666 EL MINISTRO DE LUIS XIV, JEAN BAPTISTE COLBERT (1619-1683), a la izquierda, en un retrato que C. Lefebvre pintó aquel mismo año, fundó la Académie Royale des Sciences, siguió los pasos que, en 1635, había llevado al consejero de Luis XIII, el cardenal Richelieu, a la derecha, en un retrato obra de P. de Champaigne, a fundar la Académie Française a fin de proteger el tesoro de la lengua; en 1672, la ilustre academia sería trasladada al Louvre por orden de Luis XIV. *Musées des Châteaux de Versailles et du Trianon y Abbaye Royale de Chaalis, Francia.* ♦

(que serán el punto de partida del proyecto y del material para los volúmenes de grabados de la *Enciclopedia*).

INSTITUCIONES SUBORDINADAS

La Academia Real de Ciencias de París también subordinaba instituciones tan importantes como la Société de Médecine (fundada en 1778 y que pasó a dirigir la políti-

ca sanitaria francesa, en contraposición con los privilegios de la mucho más antigua y anticuada Facultad de Medicina), el Observatorio (fundado en 1667 y dirigido por científicos como Cassini y Lalande) y el *Jardin du Roi* (luego llamado *Jardin des Plantes*, que dirigirá el naturalista conde de Buffon y que incluía el núcleo zoológico poseído por la corona). / G. M.

CAPITALISMO DE IMPRENTA

EL NACIMIENTO DE UNA NUEVA INDUSTRIA

LAS IMPRENTAS-EDITORIALES

Algunos estudiosos de la primera modernidad denominan «capitalismo de imprenta» al entorno empresarial y económico que se genera alrededor de las imprentas, que también solían actuar como editoriales. Era un sector de muchísimas empresas muy pequeñas, bastantes pequeñas y alguna mediana que se anticiparon en general al resto de empresas en asumir las leyes competitivas y el funcionamiento capitalista.

Muchas de esas imprentas-editoriales actuaban como pequeñas industrias en una época donde el capitalismo era básicamente comercial o financiero y todavía muy poco «industrial» y directamente productivo.

En un lapso sorprendentemente pequeño, las imprentas heredadas de Gutenberg consiguieron producir, vender, comercializar, promocionar y hacer circular todo un nuevo y complejo tipo de productos, de interés y condición muy variados, además para todas las clases sociales y todos los bolsillos. Libros eruditos, de prestigio o que manifestaban devoción se mezclaban con libros heterodoxos, eróticos e incluso prohibidos, además de libelos, calendarios, obras humorísticas o consejos para la vida cotidiana.

ECONOMÍA DE MONOPOLIOS Y PRIVILEGIOS

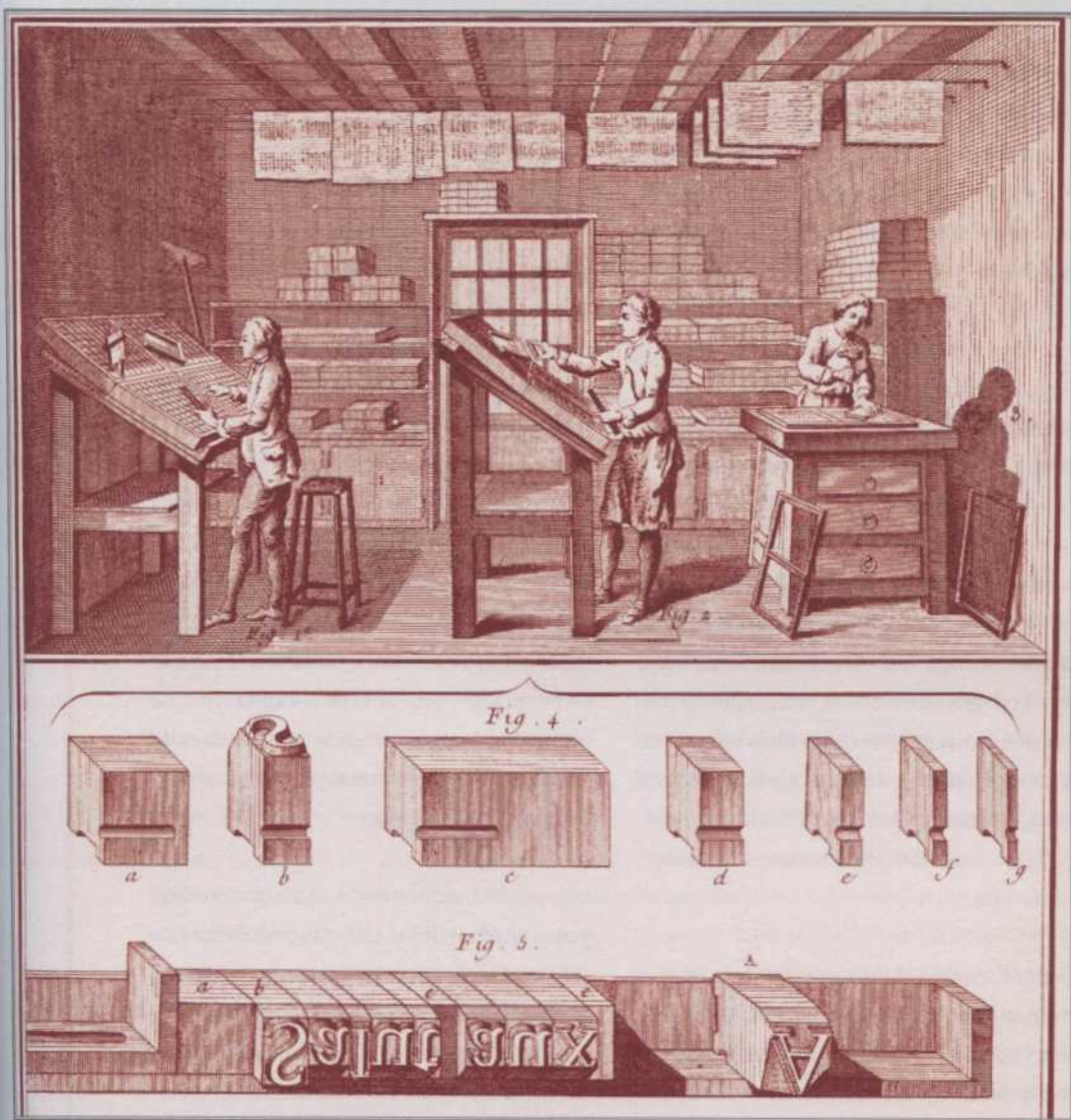
En conjunto, ese creciente capitalismo de imprenta constituía un tejido productivo muy autónomo, competitivo

y disperso en un momento en que gran parte de la economía se movía dentro de los monopolios y privilegios concedidos por las monarquías. Hay que recordar que tales monopolios solían ser otorgados a miembros de la elite, más bien por su proximidad al poder, que no por sus contrastadas habilidades empresariales.

Hay que evitar minimizar el fuerte contraste que se da en gran parte del siglo XVIII en casi toda Europa entre el proteico y cambiante —si se quiere pequeño burgués y muchas veces situado en los intersticios de lo permitido— capitalismo de imprenta y la economía que movía grandes cifras y que estaba vinculada al poder, a sus privilegios y a sus monopolios.

Pensemos que esos privilegios y monopolios incluían en primer lugar la comercialización de productos de primera necesidad, como la sal, el trigo o la carne; en segundo lugar, otros de gran valor militar, como la pólvora, los cañones o los astilleros. También había otros de lujo y de mucho valor añadido, que se dirigían a los signos del poder y a la exportación de prestigio y que sólo podrían comprar la corte o las grandes fortunas.

Entre éstos destacaban, por ejemplo, la cerámica artística, el buen mobiliario o los tapices. Y finalmente, pero en lugar muy destacado, estaba también el comercio —y muchas veces la conquista violenta— con las distintas colonias, que se solía canalizar a través de compañías de indias que gozaban del monopolio otorgado por la monarquía, ya sea en las zonas orientales o en las occidentales de la expansión europea.



SURGIDA DE LA INICIATIVA PRIVADA DE IMPRESORES COMO LE BRETÓN, en la comercialización de la Enciclopedia se emplearon por primera vez medios impresos. Hacia 1760, las imprentas eran ya los vectores de difusión de las ideas ilustradas, y la producción de libros —de ciencias y de viajes— iba en aumento. En la parte superior de la lámina Impresión con letras, tres cajistas realizan diferentes operaciones de composición de las letras necesarias para la impresión deseada del texto. Entre los objetos, un cuadratin que sirve para conservar el blanco en las líneas. La letra S de la palabra Salut aparece en el molde de abajo. ♦

HERRAMIENTA IDEOLÓGICA Y DE PROMOCIÓN

Paradójicamente, parece que el capitalismo de imprenta devino tan pronto ejemplo paradigmático de competitividad y autonomía empresariales precisamente porque era un sector en cierta medida movido por valores y aspiraciones en parte ajenos a los capitalistas.

Los libros, panfletos, revistas e incluso los incipientes periódicos podían circular como una mercancía, pero no solían ser sólo eso para sus impresores, editores, promotores y escritores.

Sin duda el valor que se les otorgaba como herramienta cultural, ideológica o de promoción de aspectos clave de la humanidad provocó que el capitalismo de imprenta generara un gremio o sector con gran autonomía e independencia política que la mayor parte de los otros sectores de la economía jamás intentaron por entonces (por ejemplo el bancario, el comercio a larga distancia, las grandes fábricas de armamentos u objetos de lujo).

Ya entonces, el capitalismo de imprenta era una industria de alcance internacional bastante libre y competitiva, pues, a pesar de las muchas cortapisas oficiales, se extendía internacionalmente desde los centros editores más libres, como los de los Países Bajos y Suiza, hasta los que lo eran menos y solían editar libros peligrosos sin nombre de autor y normalmente fin-

giendo haberse editado en aquellos paraísos de tolerancia.

EMPRESAS RESISTENTES AL PODER

Seguramente por no limitarse sus valores a la productividad y el beneficio económico, el capitalismo de imprenta generó muy pronto una enorme red de pequeñas imprentas competitivas y tremendamente resistentes a las presiones del poder en contra de su labor o de su misma existencia. Por otra parte, también es verdad que el poder o sectores de él aprendieron pronto a servirse de la letra y la imagen impresas y, por tanto, de alguna manera se tornaron dependientes de ellas.

Actualmente, muchos estudiosos reconocen que mucho más sistemática y anteriormente que otros sectores económicos el capitalismo de imprenta consiguió intentar con tanto éxito como persistencia empresas y proyectos al margen del control del poder.

Muy pronto buscaron poner en circulación ideas y obras a pesar de las estrictas prohibiciones o censuras; inventaron estrategias para superar las fronteras sociales o las limitaciones políticas; crearon o consiguieron promocionar nuevos personajes y productos de creciente interés masivo, e incluso pudieron imponer al conjunto de la sociedad (incluyendo gran parte de sus enemigos) sus propios mitos y autores de éxito. / G. M.

LOS SALONES

LUGAR DE ENCUENTRO DE LAS IDEAS

EL PAPEL DE LA MUJER

A lo largo del siglo XVIII, los salones de las grandes y crecientes urbes sustituyeron a los de las cortes y a los que estaban situados en grandes mansiones rurales. En todos ellos, mujeres dotadas de especiales habilidades para fomentar, reglar y mantener la convivencia ejercían el papel de anfitriona. Se consideraba que debían administrar y acoger la apertura de los «salones de la casa» a visitantes, que en ocasiones eran libertinos o gente de reconocida vida disoluta. Normalmente también se contaba con la presencia habitual del marido o el «hombre» de la familia. No estamos ante un ámbito exclusivamente femenino, ni tampoco regido por leyes feministas *avant la lettre*, pero sí en uno de los más ricos ámbitos de sociabilidad de los que disponía la sociedad y donde la mujer desempeñaba un papel decisivo.

FOMENTAR LAS NUEVAS IDEAS

Los salones parisinos, en clara competencia con los más cerrados, limitados y elitistas de la corte, representaron un fenómeno de gran importancia social, cultural y política. En lugares como Francia, donde las universidades se mostraban más refractarias a las nuevas ideas, los salones permitieron que pensadores y escritores librepensadores pudieran conectar y comunicar sus aportaciones a la «buena sociedad».

LA «ESFERA PÚBLICA»

Gracias a los salones, se fue constituyendo el nuevo fenómeno de la «esfera pública», en expansión, y que estaba formada por personas privadas que se reconocían mutuamente como miembros de pro de la sociedad; hacían uso público de su razón con libertad, sin dar importancia a la condición social de los interlocutores.

LECTURA PÚBLICA

En los salones se fomentaba la lectura y eran un relevante centro de circulación de los manuscritos, panfletos, libros y las ideas que éstos transmitían. Era muy habitual destinar una parte de la reunión para leer en voz alta algún texto destacado, que luego se comentaba. Esta práctica permitía que los muchos analfabetos que había—incluso entre la clase alta—estuvieran informados de las grandes novedades y de las nuevas ideas. Además tenía un efecto retroalimentador con respecto a la lectura en privado, facilitando que se produjera una auténtica «revolución de la lectura», que cada vez más se llevaba a cabo en privado, en silencio, de manera más fluida y rápida, y en obras con temáticas más libres y escogidas personalmente.

A través de los salones circulaban pues multitud de textos y obras impresas. Evidentemente, las distintas vicisitudes y los artículos polémicos de la *Enciclopedia* fueron sistemáticamente leídos, comentados y criticados en muchos salones de la época. / G. M.

DATOS Y HECHOS DE LA ENCICLOPEDIA

UN NEGOCIO BENEFICIOSO

UNA MERA TRADUCCIÓN

A pesar de que Voltaire al final de su *Siglo de Luis XIV* califica la *Enciclopedia* de «inmenso e inmortal monumento a los progresos del espíritu humano», su origen surge de un proyecto muy limitado. En un principio se trataba de la mera traducción de la *Cyclopaedia o Diccionario universal de las artes y las ciencias* editado por el inglés Chambers. Luego se amplió añadiendo a esta traducción aportaciones de otras obras (por ejemplo del *Léxico tecnológico* de J. Harris) e, incluso, de nueva confección y elaboradas por un equipo editorial al frente del cual se pone a D'Alembert y a Diderot (en 1747).

UN NUEVO PROYECTO

A partir de la entrada de Diderot y D'Alembert, podemos considerar que se ha pasado a un proyecto totalmente nuevo y de mucha mayor ambición. En el *Prospecto* redactado por Diderot en 1750 se hablaba concretamente ya de 10 grandes volúmenes (tamaño folio) de texto y 2 volúmenes de grabados. Finalmente la obra total constó de veintiocho volúmenes: diecisiete de texto y once de grabados, con un total aproximado de setenta y un mil artículos.

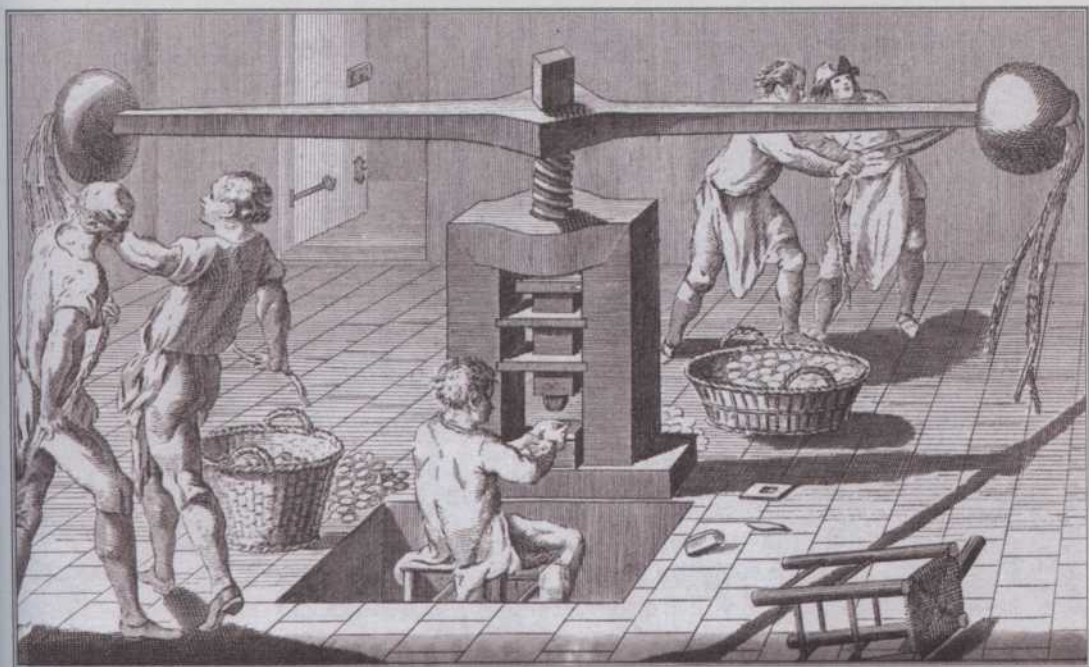
Como vemos, a pesar de que ya se partía de obras con un importante enfoque e interés por el mundo artesanal, técnico, profesional y de los oficios, Diderot (que provenía de ese ámbito) imprimió aún mayor atención al hecho

tecnológico, el mundo del trabajo, los artesanos y la producción. Ello se puede ver en los 11 volúmenes de grabados, que fueron de gran relevancia social, pues podían ser consultados por artesanos o trabajadores analfabetos, aunque capaces de imitar o reproducir las herramientas y otros enseres que estaban dibujados distinguiendo, muchas veces, sus componentes más complejos. En una época donde la circulación de imágenes era muy limitada, especialmente por lo que respecta al mundo productivo y técnico, estos volúmenes de grabados tuvieron enorme relevancia.

CONFLICTOS Y CONDENAS

El tiraje del primer volumen, aparecido en 1751, fue de más de 2.000 ejemplares. El segundo volumen aparece en 1752, coincidiendo con grandes conflictos por la condena del enciclopedista abad de Prades. Una vez superados, los conflictos ayudan al proyecto, pues en 1753 se edita el tercer volumen con un tiraje de 3.100 ejemplares. En 1754 aparece el volumen cuarto y en 1755 el quinto, con una «advertencia» de D'Alembert homenajeando al recientemente traspasado Montesquieu. En 1756 aparece el volumen sexto y, al año siguiente, el séptimo.

Pero ahora los enemigos de la *Enciclopedia* se han vuelto más poderosos y astutos, la acusan de ser la pantalla de una subversiva nueva secta (despectivamente llamada de «cacouacs») que pretende envenenar los espíritus de la gente. Además, usan en beneficio propio el famoso intento de regicidio cometido por Damiens en 1757 contra Luis XV y que provoca una paranoica reacción en los poderes monárquicos, que lleva a promulgar una ley don-



LOS VOLÚMENES DE LA ENCICLOPEDIA fueron impresos con amplio uso de grabados, sobre todo después de que se prohibiera el diccionario. En los volúmenes de grabados, como éste correspondiente a la plancha XV del volumen dedicado a la acuñación y el trabajo del oro, en el que se muestra el modo en que los obreros utilizaban el volante para acuñar las piezas de moneda en el interior de una ceca, el texto queda como una mera glosa, frente a la representación gráfica del objeto, que dice más que toda una página de discurso. ♦

de la transmisión de ideas subversivas o irreligiosas podía ser castigada con la muerte.

PARADA DEL PROYECTO

Por todo ello, el proyecto editorial de la *Enciclopedia* sufre una notable parada y debe someterse a una estricta comisión censora.

Las críticas arrecian y, por ejemplo, Pallissot estrena una farsa, *Los filósofos*, con explícitas burlas de los enciclopedistas más radicales, como Diderot o Rousseau, aun-

que no tan explícitas con los moderados, como D'Alembert y Voltaire. Mientras tanto, el equipo editor de la *Enciclopedia* ha usado con gran habilidad la posibilidad de llevar finalmente el proyecto fuera del Estado francés, con el coste económico para la hacienda —pues pagaban altos impuestos— y sobre todo para el prestigio monárquico, precisamente cuando tantas dinastías aprovechaban en beneficio propio el ideal y mito del despotismo ilustrado (que hábilmente promocionaba Federico II de Prusia, «el rey filósofo», e incluso Catalina la Grande de Rusia).



LA DESTILACIÓN DEL AGUARDIENTE, grabado publicado en el volumen de artesanías del siglo XVIII. La ilustración muestra el interior de una destilería, con un horno de ladrillo alimentado con leña por uno de los obreros, y sobre el que descansan las calderas. El otro obrero se encarga de probar el licor que sale del serpentín. El grabado va precedido de una noticia explicativa: «Destilador de aguardiente». ♦

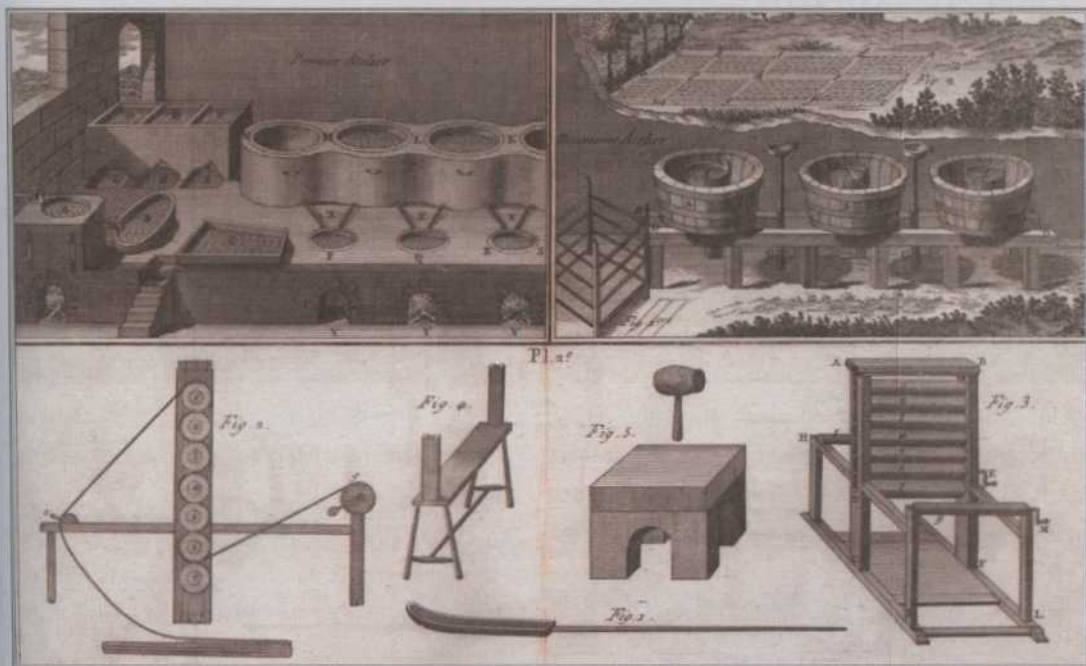
REINICIO DE LA IMPRESIÓN

Finalmente, la impresión se reinicia en 1762 con el primer volumen de grabados y, en 1763, se publican los volúmenes dos y tres de planchas grabadas. Como la confección había ido continuado a tranca y barranca durante el período de prohibición, en 1766 se publican el cuarto volumen de grabados y sobre todo –en bloque– los últimos diez volúmenes de texto.

No todo es alegría, pues Diderot constata con dolor y desengaño que el impresor Le Breton ha censurado a escondidas esos últimos volúmenes (añadiendo aún más censura a la que evidentemente Diderot había ya aceptado).

PANCKOUKE Y EL SUPLEMENTO

Muerto el impresor y capitalista Le Breton, el nuevo editor en jefe, Panckouke, continuará el éxito editorial de la *Enciclopedia*, publicando en 1776 el llamado *Suplemento*, que consiste en cuatro volúmenes de texto y otro más de grabados. En dicho suplemento interviene Condorcet, por lo que se le suele considerar «el último enciclopedista». Además, en 1780 se añade la publicación en dos volúmenes de una tabla analítica de toda la *Enciclopedia* y el *Suplemento*. Más adelante incluso se lleva a cabo una *Enciclopedia metódica* que reconfigura los artículos de la versión inicial, pero reordenados temáticamente y no simplemente de forma alfabética.



MUCHOS DE LOS 2.885 GRABADOS QUE, acompañados de su minuciosa descripción, fueron realizados para la Enciclopedia, como estos tres que ilustran el trabajo de blanqueo de las telas en el volumen dedicado a las artes textiles, fueron obra de artistas y dibujantes cuyos nombres en amplia medida han permanecido anónimos. Uno de ellos, Louis-Jacques Goussier, que Denis Diderot describe en el personaje de Gousse en su novela *Jacques le fataliste*, llegó a realizar más de novecientos de estas láminas. ♦

TRIPLICAR BENEFICIOS

En total, se calcula que el beneficio o resultado económico de la *Enciclopedia* para sus financieros fue del orden del triple del capital aportado.

En sus seis ediciones (París, Ginebra, Lucca, Livorno, Ginebra-Neuchâtel, Lausana-Berna) y hasta 1782, la *Enciclopedia* distribuyó alrededor de 24.000 ejemplares. Como hemos dicho, éstos no eran baratos, pues eran tamaño folio y la encuadernación —si bien no era extremadamente lujosa— sí que era muy sólida y de calidad.

En consecuencia, el coste de cada volumen, y ya no digamos de la obra completa, era muy alto para la época, lo cual matiza su tan cacareado impacto popular y en favor de la revolución. Ya en una famosa carta a D'Alembert, Voltaire había manifestado su escepticismo acerca de que, a ese precio, la obra pudiera tener realmente una recepción y un impacto político decisivo: «nunca veinte volúmenes in folio harán la revolución; son los pequeños libros de bolsillo a treinta sueldos los que hay que temer. Si el Evangelio hubiera costado 1.200 sestercios, jamás se habría establecido la religión cristiana». / G. M.

LIBREPENSAMIENTO Y REPÚBLICA DE LAS LETRAS

LA NACIÓN LIBRE DE LOS FILÓSOFOS

INDEPENDENCIA DEL INTELLECTUAL

La eclosión del capitalismo de imprenta fue clave sin duda para que aflorara la llamada «república de las letras», que D'Alembert saluda ditiirámicamente como «La nación libre e ilustrada de la gente de letras y sobre todo la nación libre de los filósofos». Más allá de la idealizada visión mitica, la república de las letras era por entonces muy variopinta, pero también muy libérrima para lo que permitía la época, pues generará en su entorno un nuevo tipo de intelectual que pretende y consigue vivir con creciente independencia de los tradicionales mecenas y grandes que habitualmente eran sus empleadores.

Ese nuevo tipo de intelectual consigue una sorprendente autonomía en su trabajo y obras más personales, aunque sea a costa muchas veces de llevar a cabo trabajos subalternos o de orden inferior en el capitalismo de imprenta. Así, los primeros librepensadores pudieron llegar a serlo o considerarse no completamente adscritos a ningún poder establecido gracias a ganarse la vida, por ejemplo, con la corrección de pruebas, la redacción de obras de encargo o firmadas por otros, la producción y publicación de obras de circunstancias pero con buenos dividendos, o incluso vendiendo su talento como publicistas alternativamente (como hicieron Defoe o Toland y no siempre de forma anónima) a uno u otro bando político, a uno u otro mecenas, a uno u otro despota ilustrado.

LOS NUEVOS INTELLECTUALES

El nuevo intelectual podrá creerse vinculado a una libérrima república de las letras porque va conquistando una mísera independencia económica en el nuevo capitalismo de imprenta. Además, será su recién conquistada independencia económica lo que le hará celoso de su independencia intelectual o moral.

Finalmente, cuando conquistará un cierto favor del público a sus obras, se sentirá legitimado para dirigirse personalmente a la opinión pública (de hecho inventando tal fenómeno) para defender sus ideas e ideales humanos.

Así lo harán por ejemplo Defoe reclamando tolerancia con su *Himno a la picota* o Swift denunciando al género humano en *Los viajes de Gulliver* o la política británica de hambre en Irlanda, proponiendo con gran sarcasmo ni más ni menos que se vendieran los recién nacidos irlandeses convenientemente asados a los richichones ingleses, para paliar unas privaciones que inevitablemente acabarían también con ellos. Lo harán D'Alembert defendiendo la *Enciclopedia*, Voltaire poniendo su pluma en favor de la defensa de causas perdidas como la de Calas, o Rousseau usando su genial patetismo y talento para denunciar la perversión humana y defendiendo su individualidad en las *Confesiones*. También Beccaria, atreviéndose a reclamar una profunda y humanitaria reforma del código penal en su *De los delitos y de las penas*, o Kant, atreviéndose a hacer uso público de la razón incluso a riesgo de chocar con el emperador prusiano.



DANIEL DEFOE (1660-1731), retratado en este grabado de H. van der Gucht, fue un brillante libelista cuyo estilo irónico le costó ser condenado por sedición en 1703. Pragmático y maquiavélico, trabajó como consejero del tory Robert Harley en la época de la Unificación de Inglaterra y Escocia, al tiempo que entre 1704 y 1713 editó un folleto whig, *la Review*, en el que polemizaba sobre la actualidad política, la religión, el comercio y la moral. Sus dos novelas, *Robinson Crusoe* y *Moll Flanders*, se publicaron en 1722. ♦

No todos estos casos son iguales; a veces también las universidades –como en el caso de Kant– o las academias monárquicas –caso de D'Alembert– ofrecen una cierta seguridad y trampolín al nuevo intelectual ilustrado para proyectarse al conjunto de la sociedad e, incluso, de la humanidad entera. Pero al menos en la primera parte de la modernidad y hasta bien entrado el siglo XVIII fue esencial el capitalismo de imprenta para que se expandiera con fuerza la idea de una libre república de las letras o de la posibilidad y capacidad de los intelectuales para dirigirse y movilizar a la opinión pública.

En este aspecto no hay que menospreciar la importancia que tuvieron, por ejemplo, el éxito editorial de un irónico y sarcástico poema llamado «El panal ruboroso», para que el médico neerlandés emigrado a Londres Mandeville pudiera llevar a cabo su tremendamente ácida y políticamente incorrecta obra, hoy condensada sobre todo en su famosa *La fábula de las abejas*. Igualmente resulta difícil pensar que el hugonote francés emigrado a los Países Bajos Pierre Bayle, sin su compleja tarea menor dentro del capitalismo de imprenta, hubiera podido propagar sus ideas escépticas y editar tanto su famoso *Diccionario histórico-crítico* o su reconocida revista titulada precisamente *Noticias de la República de las Letras*.

PROPAGANDA EDITORIAL

Aún más complejo es distinguir y valorar la importancia de los trabajos editoriales propagandísticos de Defoe para poder editar novelas personales de gran éxito, como

Robinson Crusoe o *Moll Flanders*, e incluso la importancia de éstas y aquéllos para pagar proyectos aún más personales.

Igualmente a veces cuesta ver si el irlandés protestante John Toland defiende la causa del partido británico liberal *whig* (incluyendo ejercer por momentos de espía) por sus convicciones republicanas, la instrumentaliza para poder editar gran parte de las obras republicanas más radicales o, simplemente, busca sufragar sus ediciones de heterodoxos perseguidos, como Giordano Bruno, y su propia obra *Cristianismo no misterioso* o el *Tetradymus*.

También Voltaire mezcla dedicatorias elogiosas a posibles mecenas, como en su *Siglo de Luis XIV* con sátiras a esos mismos mecenas, sus grandes o sus altos funcionarios (por ejemplo, las que le llevaron al exilio inglés o las dedicadas a Maupertuis, director de la Academia de Berlín, precisamente siendo huésped de Federico II). Todo lo cual no habría sido posible sin el éxito público de sus obras, incluyendo auténticos bestsellers de la época, con obras aparentemente menores como sus poemas sarcásticos, sus cuentos (*Cándido*, por ejemplo) y obras de teatro.

También el ambiguo Rousseau se da a conocer ganando el premio de la Academia de Dijon con su primer discurso sobre el progreso de las artes y las letras, se gana la vida copiando música y participando en la *Enciclopedia*, pero también con grandes éxitos ya internacionales, como la novela epistolar y sentimental *Julia, la nueva Heloïsa* o *El Emílio*. Sabemos que este último será condenado y quemado públicamente, pero el torturado Rousseau podrá conti-



LA PUBLICACIÓN EN 1697 DEL DICCIONARIO HISTÓRICO Y CRÍTICO DE PIERRE BAYLE (1647-1706), a la izquierda, en un grabado de época, convirtió al hugonote exiliado en Flandes en el padre de los ilustrados. D'Alembert conoció de primera mano a muchos de los libertinos que habían heredado del siglo XVII la fe en la república de las letras frente al oscurantismo católico y frecuentaban la Academia. El marqués Cesare Beccaria (1738-1794), a la derecha, en un grabado, fue también uno de los más destacados herederos de la tradición que se remontaba a Cardano y Bruno en Italia. ◊

nuar publicando precisamente por su fama y por ese sorprendente capitalismo de imprenta. Similarmente, durante mucho tiempo la *Enciclopedia* de D'Alembert y Diderot será el gran mito y ejemplo de la potencia adquirida por ese creciente capitalismo de imprenta.

LA PUNTA DEL ICEBERG

Aún más, hemos hablado sobre todo de intelectuales reconocidos y obras con aspiración de alta cultura (aunque en algunos casos sea bastante menor que en otros), pero los estudios actuales apuntan a que esa parte es la más pequeña del enorme iceberg del capitalismo de imprenta o lo que era la real república de las letras durante el XVIII. Roger Chartier, dirigiendo su parisino instituto del libro, ha puesto de manifiesto que toda esa parte

conocida era en realidad una ínfima parte de la literatura o lo que circulaba como tal en ese momento.

Los panfletos y libelos anónimos eran infinidad, y aún más lo era la inmensa producción hoy casi ilegible sobre moralismo y religiosidad, pero también la literatura erótica, pornográfica o, simplemente, la sentimental y dirigida sobre todo al público femenino, o las obras de circunstancias y de uso más o menos pragmático en la vida diaria.

Robert Darton ha publicado recientemente un ensayo en el que destaca que los auténticos bestsellers anteriores a la Revolución Francesa no son ninguno de los mencionados, sino obras como *Anécdotas sobre la condesa du Barry*, *El año 2440* o *Teresa, filósofa*. / G. M.

EL SUEÑO DE D'ALEMBERT

UNA DEDICATORIA AMBIGUA

PARTE DE UNA TRILOGÍA

El sueño de D'Alembert es una obra tardía que Diderot dedica en 1769 a su antiguo amigo, una vez hubieron ambos superado el notable distanciamiento que resultó de la dimisión de D'Alembert de su codirección de la *Enciclopedia* en uno de los momentos más cruciales para la supervivencia de ésta. La obra es la segunda parte de una trilogía formada –en su primera parte– por el *Coloquio entre D'Alembert y Diderot* y concluida por la *Continuación del coloquio*. Aún más que las dos partes que la flanquean, *El sueño de D'Alembert* es sin duda una dedicatoria muy ambigua y un homenaje indiscutiblemente irónico. Salvando las diferencias, recuerda el erasmiano *Encomium Moriae*, traducible tanto por «Elogio de la locura» como por «Elogio de [Thomas] More».

En primer lugar, más que soñando plácidamente, D'Alembert aparece delirando caóticamente y con un «aire de locura», que Diderot proclama que ha sido un gran hallazgo, pues a veces hay que presentar así «a la sabiduría».

En consecuencia, el tan apreciado orden claro y distinto del discurso habitual en D'Alembert queda aquí roto, lleno de sugerencias no seguidas, de transiciones arriesgadas, de ideas peligrosas o incluso indeseables (y que así, sin duda, le hubieran parecido a D'Alembert). Además entre ellas se notan ideas de su enemigo en la Academia Francesa (Buffon) que será siempre su principal adversario para controlarla.

PUBLICACIÓN PÓSTUMA

Una vez más, como es habitual en sus escritos más creativos, Diderot debió prescindir de su publicación en vida ante las quejas de Julie de Lespinasse y D'Alembert por vincularlos demasiado explícitamente al usar a ésta como personaje que comunicaba las palabras de D'Alembert en su sueño o delirio. Evidentemente, además de los otros motivos para temer ese ambiguo homenaje de Diderot, no les pareció adecuado a Julie y D'Alembert dejar constancia en una publicación de que convivían desde hacía largos años (aunque era generalmente conocido).

En relación con lo mencionado, hay estudiosos que destacan que propiamente D'Alembert y Julie actúan en el sueño de alter-egos del propio Diderot y su compañera Sophie Volland. Si fuera así, explicaría no sólo el choque claro entre la conocida personalidad y el estilo de pensar muy lógico, claro, sistemático y coherente de D'Alembert con el sueño delirante que aquí se expone, sino también que el tema tratado no fuera de especial interés de D'Alembert, el cual más bien estaría en contra de las tesis sostenidas por su alter-ego, mientras que, en cambio, es obvio que es Diderot el que astutamente las sostiene.

¿CAMUFLAJE O SUTIL IRONÍA?

¿Se trata, como en los primeros ataques recibidos por la *Enciclopedia*, de un nuevo intento de camuflar las peligrosas ideas de Diderot detrás del prestigio, buena fama y convicciones progresistas pero moderadas de D'Alembert? ¿O más bien se trata de una brillante y amical ironía (aunque poco calibrada) que juega con lo que D'Alembert solo podría decir o pensar en su sueño más delirante, sin su capa pro-



A DIFERENCIA DE OTROS RETRATOS, por ejemplo el que realizara Van Loo para la exposición de 1767 en el Louvre, en este lienzo pintado en torno a 1769, Jean-Honoré Fragonard (1732-1806) muestra a Denis Diderot, que lleva la cadena de oro símbolo de su condición de librepensador, con un rostro lúcido propio del más destacado de los philosophes, excepcional escritor, crítico sagaz y sobre todo elocuente editor de la Enciclopedia, la obra destinada a revolucionar el espíritu de los hombres. Museo del Louvre, París. ♦

tectora de científico académico o incluso de «Diógenes decente»? Ciertamente esto último es lo que está más cerca de lo que sabemos del carácter sarcástico, irónico e incluso malévolo, pero nunca malvado, de Diderot.

BIOLOGICISMO Y VITALISMO

El tema es claramente biólogo y vitalista, muy alejado del matematicismo científicista y el humanismo racionalista de D'Alembert. Encaja con la conocida idea de Diderot de que las nuevas ciencias de la vida habían de sustituir a las matemáticas como principal modelo epistemológico. Ciertamente, D'Alembert podría compartir parte de las tesis claramente materialistas que aquí se expresan, aunque difícilmente podría suscribir las en su totalidad. Así, por ejemplo, mientras D'Alembert manifiesta en sus escritos científicos una cierta proximidad con el estricto mecanicismo cartesiano, aquí el materialismo no tiene nada de mecánico.

En *El sueño de D'Alembert* «el hombre no es sino un efecto común»; no es sino un animal común y como todos exclusivamente material, por tanto, sin que el pensamiento constituya una sustancia o realidad ontológica alternativa y, por supuesto, sin tener ningún privilegio antropocéntrico. Se afirma que la humanidad es —como sabemos que pensaba Diderot, por ejemplo en la *Carta sobre los ciegos*— exclusivamente el fruto de la evolución determinista de la materia. Es simplemente un

conglomerado de fibras que manifiestan sensibilidad por su peculiar organización y no por la existencia de ningún otro principio, ya sea *res cogitans* o la acción divina sobre él. Se dice explícitamente que Dios es «un ser del que no he tenido jamás la menor idea. [...] un ser difícil de admitir».

Tanto el pensamiento como la sensibilidad o la memoria son el resultado de la vibración de esas fibras puramente materiales y la comunicación de esa vibración las unas a las otras. Precisamente por esa capacidad de vibrar y transmitir las vibraciones, D'Alembert —o más bien Diderot— justifica el paso de lo inerte y muerto a lo vivo; en éste, de lo meramente sensible al pensamiento reflexivo e intelectivo; y aun aquí, a la moral y al sentido del bien y del mal.

La vida, la sensibilidad, el pensamiento, la moral, etcétera son explicados dentro de un estricto monismo materialista que une por igual a la humanidad con los animales y al resto de la naturaleza. *El sueño de D'Alembert* incluso afirma que propiamente no hay individuos separados, pues «no hay más que un solo y gran individuo: el todo». Consecuentemente no hay responsabilidad moral individual, ni tampoco sentido personal de lo bueno y lo malo, pues todo ello no es más que el resultado del carácter material de nuestra especie, la cual impone a los individuos tanto los impulsos más animales como los valores éticos más excelsos. / G.M.

NOTAS

1. (Oe. 1:80-81)

2. (Eléms. V-VI)

3. Cf. Pappas (*querelle*) y Wachts. A propósito de D'Alembert ver también Bernard, Doolittle, Essar y Jullien. Las citas de Le Neveu de Rameau se basan en la edición de Jacques Barzun, *Rameau's Nephew and Other Works* (Indianápolis: Bob-Merrill, 1964). [A su vez, a la hora de traducirlas al castellano, hemos tenido presente la edición de Carmen Roig para la editorial Cátedra, Madrid, 1985 (N. del T.)]

4. (Oe. inéd. 142)

5. D'Alembert se muestra ahora favorable al esquema rival propuesto por Tartini y Serre, que sostenía que el bajo fundamental se generaba por las dos voces superiores. La teoría de Tartini se convierte, en seguida, en el punto central en torno al cual se agrupan los oponentes de Rameau.

6. D'Alembert se sintió ofendido cuando Rameau renunció al título previsto, *Mémoire* y optó por *Démonstration*, que suponía una nueva perspectiva del texto. También llegó a creer que Rameau quería convertir a la música en el fundamento de la geometría. Aunque Rameau no llega a decir

esto de forma explícita, en sus últimos escritos atribuyó un significado metafísico a la armonía musical.

7. (Oe. inéd. 140-41)

8. (Oe 1:39)

9. (Oe. 1:39)

10. Las célebres palabras de Rousseau con las que se cierra el capítulo 16 en el *Essai sur l'origine des langues* (*Escritos sobre música*, Universidad de Valencia, 2007) reafirman la idea de D'Alembert: «[El compositor] no representa las cosas directamente, sino que excita en el alma los mismos sentimientos que se despertarían si las estuviésemos viendo» (177). Webb (134) y Cahusac (art. «expression» en el Suplemento a la *Encyclopédie*) tomó prestada esta idea del artículo sobre la imitación del *Dictionnaire de Rousseau* (*Diccionario de música de Jean Jacques Rousseau*, Akal, 2007).

11. (Corr. 2:160)

12. (Oe. 2:259)

13. (Oe. inéd. 157-58)

14. (Federico II, Oe. 24:466).

15. (Oe. 5:270)

16. (Oe. inéd. 135-182)